

LA NIÑA DE LA PLAZA.

En una pequeña plaza del Albaicín, justo donde la tierra se mezcla con los geranios y lirios en flor, hay una niña que siempre lleva un cuaderno bajo el brazo. Se sienta en el mismo banco cada tarde mientras el sol va bajando por los tejados como si no tuviera prisa.

No es una niña igual que el resto. No juega al escondite, ni grita con sus amigos. Ella BUSCA algo diferente. A veces observa a la gente mayor que pasa, otras veces ESCUCHA a escondidas las conversaciones de los turistas, o se quede embobada mirando como una mujer barre su puerta con la radio puesta de fondo. Esa niña no escribe cuentos normales. Escribe verdades disfrazadas de personajes. Inventa juicios donde los culpables no son siempre los que parecen, y defiende a inocentes que nadie nunca se ha atrevido a mirar. Le gusta pensar que con sus palabras existe la posibilidad, aunque sea mínima, de que pueda cambiar algo del mundo.

Un día estaba sentada en su banco, y llegó un señor mayor que se sentó al lado de ella; no intercambiaron palabras, pero sí una dulce sonrisa. El anciano la miró de reojo y le preguntó: -“¿Qué escribes en tu cuaderno?”- dijo con curiosidad. La niña, entusiasmada, le contó al anciano su visión del mundo. El hombre riéndose le dijo: -”Muy pocos acogen el mundo como tú lo haces, sin juzgarlo, solo intentando comprenderlo”. El anciano tras pronunciar esas palabras se levantó sin mirar atrás, mientras retumbaba el eco de su bastón.

Desde ese momento, la niña ACOGE cada versión del mundo, del planeta y del universo todo; por eso hay que explorar más allá de nuestros propios límites.

LIRIOS BLANCOS.